

Rescates, réplicas y contrarréplicas

Una mujer, un retrato

Catalina

ELISA MÚJICA

Alfaguara, Bogotá, 2019, 162 pp.

DE LA autora había escuchado tan poco que solo la asociaba a un premio de novela que otorga el distrito cada año. Luego su nombre comenzó a florecer entre varias conversaciones con amigos y lectoras voraces, pero el empujón definitivo para entrar en su obra fue la noticia de la reedición que Adriana Martínez, entonces editora del sello Alfaguara en Penguin Random House Colombia, hizo de *Catalina*, la segunda novela de la escritora santandereana Elisa Mújica, que le permitió a otra gran narradora, Pilar Quintana (quien prologa esta edición), encontrar “el drama de una mujer que sufre una pérdida, que desea”, en una autora cuya

[...] literatura es una ventana que da al interior de las casas del siglo pasado y por la que podemos asomarnos para contemplar en todo su horror las vidas de las mujeres sometidas a sus maridos o a la idea de que el matrimonio y los hijos son su fin. (p. 18)

La novela fue publicada por primera vez en 1963 (por la editorial española Aguilar) y de la autora bumanguesa tenemos un amplio catálogo de cuentos y artículos, e incluso también podemos encontrar libros infantiles (*Bestiario*, publicado en 1981, y *La Expedición Botánica contada a los niños*, de 1978). De la época en la que vivió encontré muy pocos acercamientos, análisis o comentarios de sus textos que recalcaran algo más allá de ser una mujer que escribía, un hecho que no resulta sorprendente por el rampante machismo literario que ha imperado en la literatura colombiana, sobre todo en el siglo XX. Pero ahora, con esta reedición, se abre de nuevo la posibilidad de entrar a la estética de una escritora indispensable que merece el mismo reconocimiento con el que contaron coetáneos suyos como Jorge Gaitán Durán o Ernesto Volkening.

La novela está dividida en tres partes. En la primera nos hacemos una idea de la familia de nuestra protagonista, Catalina Aguirre, después de pasar por un inicio tenaz donde se nos advierte la tragedia con la que cierra la novela, y también nos enteramos de la génesis de su casamiento con Samuel Figueroa, un hombre obsesionado con los negocios y el petróleo (negocio incipiente en Santander). En la segunda parte asistimos al derrumbe de su matrimonio, su aborto, la infidelidad, el inicio de su club de lectura, y al encuentro

de otros hombres en su vida. Pero en la tercera y última parte encontramos una mujer firme en sus cavilaciones y totalmente desapegada del futuro que vacila entre la resignación y el placer. Una Catalina que no para de enredarnos y fascinarnos entre sus pensamientos y decisiones contradictorias.

Sus palabras son certeras, sus monólogos ingeniosamente imprudentes, y sus personajes paradójicos una invitación abierta a entrar sin reparo en sus páginas: líneas e imágenes rebosantes de preguntas sobre el rol de la mujer (“mi hermano consideraba a su mujer como un artículo de su tienda adquirido por él y, de consiguiente, de una calidad insuperable”, p. 38) y el sinsentido de la violencia que condiciona a todos sus personajes. Abrir el libro en la página 143 y leer: “El hecho de no ser iguales nos hacía más libres”, pareciera una encrucijada para los tiempos que vivimos, para los tiempos del feminismo, para los tiempos en que las mujeres nos vemos llamadas a pensar y actuar una y otra vez sobre nuestra historia, nuestras condiciones actuales y la vida que imaginamos para las que vienen. La actitud crítica y ética de nuestro personaje desvincula a las mujeres de la narrativa tradicional a la que se les había relegado; su palabra y su forma de concebir el matrimonio (“el olvido que mi marido sabía infundirme por las noches se transformaba al día siguiente en conciencia de mí misma y de lo que me rodeaba”, p. 42), el aborto y la familia no vienen de la resignación ni mucho menos desde la actitud y sumisión exigidas a una mujer que cuenta su vida de casada pocos años después del paso de Simón Bolívar por el departamento de Santander.

Catalina es una novela corta que, si se quiere, se lee de una sentada, pero que se podría releer una y otra vez con el mayor de los gustos, con el mayor de los entusiasmos, pues se encuentran en cada página fragmentos y voces que tienden puentes entre lo íntimo, lo personal (por lo tanto, político), lo inescrutable de las emociones, y las reglas y restricciones sociales que se levantaban contra la mujer. Su prosa escarba en los rincones más oscuros y en los abiertamente sociales de una mujer que nos ha habitado a todos en algún momento, de una mujer inconforme con instituciones como la Iglesia (y las que ya hemos nombrado). La atmósfera oscila entre la vida de una recién casada consciente de la infidelidad de su marido, de la infidelidad de ella y el vértigo que esto le produce, consciente del cálido y entreverado ambiente de la vida social de la clase alta bumanguesa de ese entonces, y la facilidad con la que puede predecir a los hombres que la rodean. Sin ninguna expectativa sobre las cosas y las personas, Catalina perfila cada circunstancia con un lenguaje sencillo, desnudo y afortunadamente libre de ornamentos.

Encontramos símbolos que nos asaltan a la vuelta de cada página para dejarnos desprovistos de certezas, de seguridad y de todo aquello que creíamos conquistado. Por ejemplo, el bordado que “permitía mantener los ojos bajos” (p. 135), un escritorio, “palabra que parecía ser digna de ser habitada por heroínas de novelas, encerradas en verdaderos gabinetes para escribir

diarios” (p. 26), un jardín con lirios, un caballo, un aborto, una infidelidad (en la que ella encuentra una oportunidad de libertad), todo, absolutamente todo, desde los grandes hasta los pequeños acontecimientos y objetos por los que deambula el personaje, nos lleva a contemplar nuevos significados. Lo que narra magníficamente Mújica sucede finalizada la guerra de los Mil Días, y esto hace más tangible la posibilidad de instaurarnos en el temple y las texturas que caracterizan tanto a las personas como los espacios alrededor de su personaje. El carácter de Catalina se torna cada vez más inesperado, más dialéctico; descubrimos en ella una terca pero violenta determinación y afirmación en el fracaso o en perder cuantas veces sea necesario para no opacar su personalidad, pero también la descubrimos tan vulnerable como para decir: “Ir contra la corriente me destrozaba” (p. 54), o tan plena como para reconocer que era diferente a las otras mujeres:

Me abrumaba el sentimiento de sobrar en la casa de mis amigas, de mis tías y aun en la de mi madre [...]. Pero yo no podía consolarme como otras mujeres, que se dedicaban a contar a los demás sus propias vidas, lo mismo que si fueran historias imaginadas por ellas [...]. Entonces conseguía una felicidad rara, como la de perderme en un laberinto. Sabía que volvería el momento de acostarme, tapándome la cabeza con la almohada y encontrándolo todo inútil. (p. 122)

En este tipo de pasajes, sobre todo en la segunda parte, la intimidad figura como una tregua entre los secretos y los recuerdos, como en una danza constante entre la resignación, la soledad, la ignominia y la imaginación que se amasan en el silencio de su casa de mujer sola.

Hay un misterio que, como lectores, no alcanzamos a resolver a lo largo de la historia cuando nos proponemos hacernos una idea completa de la voz que narra; pero la presencia de un personaje así –mejor dicho, de una mujer así– en la literatura colombiana no deja de asombrar por su capacidad de construir un universo inabarcable en tan pocas páginas. Leer esta novela de Elisa Mújica es tan necesario como recomendable para aquellos curiosos de la construcción de narrativas que mezclan historia, estilo e imaginarios del siglo XX en la literatura nacional.

Cabe hacer mención de la portada. Es la pintura *Adolescencia*, de Débora Arango, cuyo volumen se dibuja en consonancia con los pasajes en que podríamos ver a Catalina Aguirre tendida en su cama imaginando ese grandioso y sincero universo donde nos pone de testigos y siervos de su incipiente libertad.

Lina Alonso